

El príncipe azul

Es media tarde en el paseo marítimo. El rato de la siesta. La mujer del vestido estampado se levanta de la mesa de mármol blanco, se apoya sobre la barandilla de la terraza que da al paseo y, llevándose la mano a la frente a modo de visera, mira largamente a derecha e izquierda para ver aparecer, quizá a lo lejos, entre el calor ondulante, al príncipe azul.

Nada, no aparece.

La mujer se da media vuelta, se sienta de nuevo a la mesa, pide cartas y estudia con desgana los tréboles, los corazones, las picas que el azar ha querido poner en sus manos. Tratará esta vez de no perder con sus vecinas en este juego de baraja que le supera, que le come las tardes de los veranos y que no entiende. Hoy la mujer se ha maquillado la cara ligeramente y, aunque sus amigas no lo aprecian, lleva un precioso vestido nuevo de algodón con grandes flores de colores y un escote generoso que realza unos pechos todavía deseables. Se ha puesto así de bonita para el príncipe azul, por si aparece.

Es media tarde en el paseo marítimo, ya digo. El sol está aún en lo alto. Las vecinas de la mujer charlan despreocupadas bajo el toldo gastado de la terraza mientras juegan a las cartas. Hablan de sus niños, de los campamentos de sus niños y también de los hombres. De los hombres, sus vecinas hablan mucho. Sin parar. De lo mal que lo hacen todo. De lo bien que lo hacen todo. Y como las amigas saben que ella aún espera al príncipe azul, la mujer del vestido estampado tiene que tragarse, sin decir palabra, todo lo que sus vecinas hablan y hablan sobre los hombres.

De vez en cuando, la mujer del vestido estampado se levanta, se acerca a la barandilla y, llevándose la mano a la frente a modo de visera, mira largamente a un lado y a otro del paseo, por si aparece a lo lejos el príncipe azul y tiene que dejarlo todo.

Pero nada, no aparece.

La mujer del vestido estampado, como sus amigas, ha tenido oportunidades de casarse, eso ninguna lo pone en duda. No le han faltado muchachos de los pueblos de alrededor, con tierras de naranjos y unas manos anchas para trabajar. Pero la mujer del vestido estampado los rechazó a todos hace tiempo. Prefiere esperar al príncipe azul, que vendrá un día a buscarla a lomos de su corcel blanco y la sacará de este pueblo para siempre. La mujer del vestido estampado se imagina al príncipe alto, elegante, con el sombrero tirolés, las calzas bien ceñidas y su sonrisa valiente. Se lo imagina subiéndola por

la cintura a la grupa del caballo, apoyado el pecho en su espalda, galopando juntos hacia un lugar muy lejano.

Y le da miedo.

Es media tarde, ya digo. El rato de la siesta. Desde el paseo, justo debajo de la terraza, les llega a las mujeres una cancioncilla dulzona, alegre, como de galán trasnochado y terco. Una música aguda de mandolina, o de bandurria, acompaña a la canción y ya no hay forma de ignorarla. Las amigas miran con apremio a la mujer del vestido estampado, para que se levante, para que vaya a ver. Pero ella hace como que no oye. Está ya cansada de los mozos jóvenes que se ríen de ella y le hacen burla. Por eso, la mujer esconde la mirada en los tréboles, en los corazones y en las picas que el azar ha querido poner en sus manos. Y hace como que no oye.

A la mujer del vestido estampado no le importa esperar. Lleva años haciéndolo. Disfruta imaginando su encuentro con el príncipe. Le ve llegar en un atardecer de nubes encendidas, rodeado de todo su séquito. Se plantará el príncipe ante ella y, clavando una rodilla en tierra, le ofrecerá de sus manos un obsequio sobre un almohadón mullido de terciopelo rojo, quizá el anillo. Luego vendrán los besos. Y la mujer del vestido estampado, con la bondad innata de las princesas, le presentará a sus amigas, esas que nunca creyeron en los príncipes azules, y harán juntos una gran fiesta.

En la tarde suena de repente un frenazo que aquieta las olas y los suspiros. Y un golpe seco. Se acabó la música. La mujer del vestido estampado se levanta de su silla y se asoma asustada a la barandilla. Ha sido un accidente. Han atropellado a alguien. El conductor de la furgoneta de reparto sale dando voces y se echa las manos a la cabeza. Sobre el asfalto, casi bajo las ruedas, el cuerpo sin vida de un príncipe azul, con su sombrero tirolés, las calzas ceñidas y una sonrisa valiente cosida a la cara. En su mano izquierda, el príncipe lleva aún agarrada la mandolina, como para justificar su decisión de morir así, de pronto.

La mujer baja aterrorizada las escaleras hasta la puerta de la casa y, con lágrimas en los ojos, se arrodilla junto al príncipe azul tendido en el suelo. La gente se arremolina para ver lo sucedido. Entonces la mujer empieza a golpearle con los puños cerrados. Le pega en el pecho, le pega con rabia. Y también llora.

—No podías quedarte en tu maravilloso mundo de hadas -le dice en un hilo de voz-. Tenías que venir a morirte aquí, a mi pueblo, justo debajo de mi terraza, para que todos te vean. No te ha bastado con arruinarme la vida, sino que ahora, encima, te matas de cualquier manera delante de mi puerta, para dejarme ya sin nada y que se entere la gente -le dice entre sollozos.

Las amigas pensarán ahora que se las da de superior. Que no ha sabido aprovechar sus oportunidades y que, por eso, está un poco loca. Pero la mujer del vestido

estampado no está loca. Ella vino al mundo para terminar sola y desdichada, como las huérfanas de los buenos cuentos. Prefiere el plantón elegante de un príncipe azul, tan lleno de fantasía, a la fatalidad de amar a un hombre que un día se puede enfadar, coger las maletas y dejarla sola.

No se imaginaba esto, su príncipe muerto bajo las ruedas de una simple furgoneta de reparto. Le odia. Ya nunca confiará en su príncipe azul. Al contrario, estará bien alerta. La mujer del vestido estampado le esperará día y noche por si aparece de nuevo. Vigilará el paseo. En las tardes de verano, cuando sus amigas digan y digan sobre los hombres, ella se levantará, se acercará a la barandilla y, llevándose la mano a la frente a modo de visera, mirará largamente a derecha e izquierda, hacia lo más lejano del horizonte.

Y si un día, entre el calor ondulante del verano, aparece a lo lejos un príncipe azul o el flautista de Hamelín o el genio de la lámpara maravillosa, ella estará preparada, muy digna con su precioso vestido estampado, y les dirá entonces muy clarito: oye, vuélvete por donde has venido, regresa a tu mundo de hadas, que a mí ya no me hacéis más daño.